

## ACTO SEGUNDO.

ESCENA I. <sup>(1)</sup>*Sala en casa de Polonio.*

POLONIO. REYNALDO.

POLONIO.

Reynaldo, entrégale este dinero y estas cartas.

*(Le da un bolsillo y unas cartas.)*

REYNALDO.

Así lo haré, señor.

POLONIO.

Sería un admirable golpe <sup>(2)</sup> de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REYNALDO.

En eso mismo estaba yo.

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo

primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en qué términos, con quién, y en dónde estan, á quién tratan; qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces ve en derechura á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco.... ¿Lo has entendido?

REYNALDO.

Sí señor, muy bien.

POLONIO.

Sí, le conozco un poco, pero.... (has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fé que es bien calavera: inclinado á tal ó tal vicio.... y luego dirás de él cuánto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonorarle. Cuidado con eso. Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REYNALDO.

Como el jugar, ¿eh?

POLONIO.

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, mocear..... Hasta esto bien puedes alargarte.

REYNALDO.

Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.

No por cierto, ademas que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un joven abandonado enteramente á la disolucion: no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujecion y no otra cosa, extravíos de una imaginacion ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REYNALDO.

Pero señor.....

POLONIO.

¡Ah! tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

REYNALDO.

Gustaria de saberlo.

POLONIO.

Pues señor, mi fin es este, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa) ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo: señor mio, ó amigo, ó caballero..... en fin, segun el título ó dictado de la persona ó del pais.

REYNALDO.

Sí, ya estoy.

POLONIO.

Pues entonces él dice..... (3) dice..... ¿Qué iba yo á decir ahora?.... algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REYNALDO.

En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero.

POLONIO.

Sí, concluirá diciendo. Es verdad..... asi te dirá precisamente. Es verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le vi, ó cualquier otro dia, ó en tal y tal ocasion, con este ó con aquel sugeto, y alli,

como habeis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota y. . . . (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet* en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad: que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, según la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REYNALDO.

Sí señor, quedo enterado.

POLONIO.

Pues á Dios, buen viaje.

REYNALDO.

Señor. . . .

POLONIO.

Examina por ti mismo sus inclinaciones.

REYNALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente.

REYNALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

Á Dios.

ESCENA II.

POLONIO. OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.

¡Ay señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror. . . . se presenta delante de mí.

\*

POLONIO.

Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino: salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

POLONIO.

Ven conmigo; quiero ver al Rey. Ese es un

verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No señor, solo en cumplimiento de lo que mandásteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temí que era solo un artificio suyo para perderte.... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! tan <sup>(5)</sup> propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al Rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, sería mas grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

## ESCENA III.

*Salon de palacio.*CLAUDIO. GERTRUDIS. RICARDO. GUILLERMO.  
ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venido, (6) Guillermo, y tú también, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la transformación de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que antes era, ni llego á imaginar qué otra cosa haya podido privarle así de la razón, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengais á bien deteneros en mi corte algunos días. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada aflicción que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gustéis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un Rey.

RICARDO.

Vuestras Magestades tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies, con el mas puro afecto, el zelo de servir que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias; cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi doliente hijo. (*A los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS.

Sí. Amen.

## ESCENA IV.

CLAUDIO. GERTRUDIS. POLONIO. ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO.

Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya, en extremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazón no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi Rey: y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del Príncipe.

CLAUDIO.

Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. (*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GERTRUDIS.

¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

## ESCENA V.

CLAUDIO. GERTRUDIS. POLONIO. VOLTIMAN.

CORNELIO. ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Di, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el Rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Asi que llegamos, mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado despues, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusáran asi de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbrás, que sometiéndose prontamente á las reprensiones del tio, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra vuestra Magestad. Satisfecho de este procedimiento el anciano Rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. Á este fin os ruega concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, expresadas aqui.

*(Saca unos papeles y se los da á Claudio.)*

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias

por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. Á la noche sereis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

## ESCENA VI.

CLAUDIO. GERTRUDIS. POLONIO.

POLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. *(Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.)* Mi soberano <sup>(8)</sup>, y vos, señora: explicar lo que es la dignidad de un Monarca, las obligaciones del vasallo, por qué el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo, sería gastar inutilmente el dia, la noche y el tiempo. Asi pues, como <sup>(9)</sup> quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perifrasis..... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte.....

GERTRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.